

favor de vuestro apetito, os quedaréis burlados, con la carga de tan horrible pecado, y sin el logro de el fin pretendido.

Por conclusion, no me parece inútil proponer á este propósito el dictámen de Gayot de Pitaval, sugeto, cuyo voto, por su ciencia, discrecion, juicio y conocimiento práctico de el mundo, que le adquirió el ejercicio de abogado de el parlamento de Paris, y la residencia en el gran teatro de aquella ciudad, parece es acreedor á algun particular aprecio. Este autor, habiendo, en el tomo xiii de las *Causas célebres*, tratado de la Magdalena de la Palude, acusada de haber practicado hechizos amatorios, y castigada por ello á la mitad de el siglo pasado; con ocasion de este proceso, en seis conclusiones, manifiesta su sentir en general sobre esta materia, el cual referiré con sus mismas voces; advirtiendo primero, que los tres sugetos que nombra en la sexta conclusion, uno de ellos la expresada Magdalena de la Palude, todos fueron acusados y sentenciados por usar de hechizos amatorios, y trata sus causas á la larga en algunos de sus libros.

Primeramente dice: «Estoy persuadido á que los hechizos son posibles; pero juntamente creo que son muy raros, y que lo más seguro es disentir á la mayor parte de las historias, que tratan de ellos.

«Lo segundo, siento que hay efectos preternaturales, que tienen tal carácter, que por él se conoce que no pueden ser atribuidos á Dios ni á los buenos ángeles.

«Lo tercero, creo que los ángeles malos, á quienes estos efectos, extremamente raros, pueden atribuirse, tienen un poder muy limitado, que no pueden hacer todo lo que quieren y cuando quieren. Tal es la victoria que Cristo consiguió sobre las potestades infernales. El las tiene encadenadas, y no las deja apoderar de nosotros, sin embargo de nuestros desreglamentos, sino en algun caso particular. Son impenetrables los designios de Dios; pero, vuelvo á decirlo, estos casos son excesivamente raros.

«Lo cuarto, los efectos admirables, en quienes vemos señales que nos mueven á juzgar que el demonio los causa, pueden tener su origen en el mecanismo de la naturaleza, no obstante que algunos físicos no puedan comprender cómo es esto. «Sin embargo, hay algunos efectos que evidentemente exceden la facultad de todas las causas naturales, como suspenderse algun tiempo considerable en el aire; saber lo que á determinado punto sucede

en regiones distantes, etc.» Sustituimos esta excepe on á otra equivalente, mas no tan clara, que pone el autor.

«Lo quinto, viniendo á los ejemplos que he referido, digo, que no se puede dudar de la inocencia de Urbano Grandier, en órden al crimen de hechicería, de que fué acusado, no habiéndose alegado contra él más que las testificaciones de unas energúmenas fingidas. Ann cuando lo fuesen verdaderas, sería nula la prueba. Si el demonio, por su carácter de seductor y mentiroso, no sería testigo suficiente, los energúmenos, que le representan, tampoco pueden serlo.

«Por lo que mira á Luis Gaufridi (éste es un sacerdote condenado al fuego por el parlamento de Provenza, de cuyo proceso trata el autor en el sexto tomo), he observado, que monsieur du Vair, presidente de el parlamento, no le creía hechicero; pero fué justamente condenado, por haber seducido á Magdalena de la Palude y otras mujeres, abusando para este efecto de la confesion sacramental, y por su voluntad desreglada y corazon corrompido, que le habla hecho hechicero de imaginacion, tan criminal como si realmente lo fuese, pues inducia á otros para hacer operaciones mágicas y dar culto al demonio.

«En cuanto á Magdalena de la Palude, no veo en el proceso que se le hizo, pruebas evidentes de que fuese mágica, pero tuvo esta reputacion; y los jueces, haciendo juicio de que tenia un corazon corrompido, y que esta corrupcion era contagiosa y podia producir grandes males, en la obscuridad de las pruebas de magia, tomaron por el partido más seguro condenarla á cárcel perpetua.

«Lo sexto, en las historias raras de mágicas verdaderas es menester purgarlas de muchas fábulas sobreañadidas á la verdad. De este número son los congresos nocturnos, que se dice hacen las brujas todos los sábados.

«La opinion de que los hechiceros pierden todo su poder luego que les echa mano la justicia, no sé qué fundamento tiene. Su facultad, no siendo permanente, sino accidental, cesa muchas veces, que estén en poder de la justicia, que no. Éstos son, en materia de hechicerías, mis sentimientos, los cuales se conforman con lo que enseña la religion católica, que profeso.» Hasta aqui el autor alegado.

REMEDIOS DE EL AMOR.

§ I.

Habiendo explicado en el discurso pasado la enfermedad, conviene que en éste tratemos de el remedio. Dos errores opuestos, muy frecuentes uno y otro, hallo en esta materia. Los que adolecen gravemente de esta pasion, la juzgan absolutamente incurable con remedios naturales; los que no la padecen, tienen por fácil su curacion. Parece que los primeros deben ser creídos por experimentados, pues gimiendo debajo de tan penosa dolencia, no es creible, que no hayan tentado la cura. A nadie faltan consejeros que le prescriban remedios que se hallan escritos en varios libros de ética. Pero la experiencia muestra á cada paso, que á estos enfermos se puede aplicar tambien lo que Sidenham dijo de otros: *Ægri curantur in libris, et moriuntur in lectis.*

Los segundos, por el contrario, imaginan que el amor se quita cuando se quiere, como con la mano. Esto consiste en que á bulto se hacen la cuenta de que siendo la voluntad potencia libre, y el amor acto suyo, ama cuando quiere, y no ama cuando no quiere; proposiciones en

un sentido idénticas, y en otro falsísimas. Vengo en que la voluntad pueda suspender el acto de amar, y aun hacer actos contrarios á él; pero ¿sin dificultad, sin repugnancia, sin hacerse una especie de violencia á sí misma? Eso parece que significa el poner tan pendiente de su arbitrio dejar de amar, y eso niego que se pueda. Fuera de que, la cuestion no procede tanto de el amor actual, cuanto de aquella disposicion ó inclinacion á amar, originada de la dulce y atractiva impresion que hace en el corazon el objeto. Esta inclinacion es la que juzgan absolutamente insuperable los amantes. Tan arraigada miran su pasion en el pecho, que en su dictámen es imposible, sin arrancar el pecho, arrancar la pasion: *Da amantem, et sentiet quod dico.*

No pocos de los que son insensibles al amor ó muy tibios en querer, miran el exceso de el cariño como hijo de la cortedad de entendimiento. Así desprecian á los que ven muy apasionados, burlándose de ellos como de unos hombres mentecatos ó medio estúpidos. Pero quisiera yo saber si tienen por mentecato ó medio estúpido á la águila de los ingenios, al grande Agustino; pues es

ciertísimo que este hombre prodigioso fué de un corazon extremamente afectuoso y de una ternura incomparable. Vense en el libro iv de sus *Confesiones* las angustias y lamentos que le costó la muerte de un amigo. Apenas en alguno de los más ponderativos poetas se leen expresiones más vivas de dolor en la pérdida de el objeto amado. Dice, entre otras cosas, que aborrecia su propia vida, porque le faltaba la mitad de el alma, y que, con todo, temia la muerte, sólo porque en él no acabase de morir el amigo. ¡Qué corazon tan tierno aquel á quien hacia derramar lágrimas, como él mismo testifica en el libro i de las *Confesiones*, la tragedia de la enamorada Dido, leida en el iv de la *Eneida*!

Quisiera saber si tienen por mentecato ó medio estúpido á un san Bernardo. Léase su sermón xxvi *Sobre los Cantares*, donde lamentando la muerte de su amadísimo hermano Gerardo, prorrumpe en las más dolorosas cláusulas, en los más tiernos gemidos, que en la mayor tragedia puede alentar un corazon desolado. «¡Obra (dice, entre otras muchas cosas, quejándose de verse separado de él), obra verdaderamente de la muerte, divorcio horrendo! porque ¿quién se atrevería á desatar el dulce vínculo de nuestro mucho amor, sino la muerte, enemiga de toda suavidad? Verdaderamente muerte, la cual arrebatando á uno, nos mató á entrambos, furiosa. Por ventura, ¿no me cogió á mí tambien la muerte? Sí, ciertamente, y aún más á mí que á Gerardo, pues me acarreó una vida más infeliz que toda muerte. Vivo, sí, mas para morir viviendo, y ¿esto se puede llamar vida? ¿Cuánto más benigna fueras conmigo, oh austera muerte, si enteramente me privases de la vida.» Y más abajo: «Siendo los dos un mismo corazon y una alma misma, la mía y la suya penetró á un tiempo el cuchillo de la muerte, y dividiéndola en dos partes, colocó la una en el cielo, dejando la otra en el cieno. Yo, yo, pues, aquella porcion misera que quedó postrada en el lodo, estoy truncado de la parte mejor de el alma, ¿y se me dice que no llore? Me han arrancado las entrañas, ¿y se me dice que no sienta?» etc. ¿No es éste el punto más alto adonde puede subir el amor?

Quisiera saber si tienen por mentecato ó medio estúpido á Ángelo Policiano, aquel á quien Erasmo llamó *Mente angélica y milagro raro de la naturaleza*. Este grande hombre, segun refiere Varillas en sus *Anécdotas de Florencia*, murió de una veheméntísima y juntamente torpísima pasion amorosa; tan embelesado en su objeto, que oprimido ya de una grave fiebre, que habia encendido en sus venas el amor, se levantó de el lecho, y tomando un laud, se puso á acompañar con él una tristísima cancion, que habia compuesto al motivo de su dolencia, con tan violentos afectos, que al acabar de cantar el segundo verso, espiró. ¿Qué diré de el Petrarca, reconocido por el padre Felipe Labbé, y aun por todos, por el *principio de su siglo en ingenio y elocuencia*, tan pasado de amor por la bella y sábia francesa Laura, que treinta años que vivió, despues que la vió y trató cerca de Aviñon (y los últimos diez ya era muerta), no hizo más que cantar y gemir por ella? Aunque no honra tanto á la memoria de esta rara mujer el amor de aquel famoso

ingenio, como el obsequio que á sus cenizas hizo el rey Francisco I, de visitar su sepulcro y componer un epitafio poético, que aun hoy se mira grabado en él. Sería infinito si hubiese de juntar todos los ejemplares que hay, en prueba de que una voluntad tiernísima no está reñida con un entendimiento agudísimo. No falta quien pretenda, que la blandura de corazon es prueba de ingenio; y aunque yo no admito ésta por regla general, es cierto, que hombre duro dificultosamente hará conmigo las pruebas de ingenioso. *Rudo* es anagramma de *duro*; *rudeza*, de *dureza*, y acaso no hay ménos consecuencia de uno á otro en los significados, que identidad en las letras.

§ II.

Volviendo á nuestro propósito, digo, que tengo por igualmente falsas las dos opiniones propuestas. Juzgo absolutamente curable la pasion amorosa. Esto es contra la primera opinion. Contra la segunda afirmo, que su curacion es muy difícil. Para lo segundo no es menester más prueba que la experimental de tantos dolientes que suspiran por el remedio, y aun consultando muchos y sabios médicos, no le encuentran.

Por lo que mira á lo primero, desde luego convengo en que los remedios naturales que hasta ahora se han discurrido, respecto de las pasiones grandes son muy poco eficaces ó absolutamente insuficientes. Y si yo no tuviera alguna receta particular contra este mal, que desde luego prometo al lector, no me meteria en el asunto.

Nótese, que cuando digo, que los remedios que hasta ahora se han discurrido son insuficientes, limito la proposicion á los remedios naturales; porque si se habla de el auxilio de la divina gracia, implorado por medio de fervorosas oraciones y otras obras pias, no hay duda de que éste es remedio, no sólo idóneo, sino infalible. Así de éste se debe usar siempre, y apreciarse infinitamente más que todos los remedios naturales. Mas como yo no hago ahora el papel de teólogo, sino el de filósofo, y por otra parte, sería ocioso repetir aquí una doctrina, que tantos varones doctos y espirituales han escrito con alta discrecion, me ceñiré precisamente al exámen de los remedios naturales.

Supónese, que cuando se inquiere el remedio, se habla de el amor, que es enfermedad; esto es, de el amor delincuente, porque el amor santo ántes es salud: el indiferente ni aprovecha, ni incomoda. Pero advierto, que el amor puede ser delincuente, no sólo por impuro, más tambien por nimio. Así, san Agustin confesaba á Dios, como delito suyo, el gran amor que tenía á aquel amigo, de quien hablamos arriba. Sólo en el amor de Dios no cabe exceso vicioso: cuanto más intenso, tanto mejor. El de la criatura debe contenerse en una esfera muy limitada. Si se enciende mucho, es la llama de el amor humo de la virtud. Si arrastra, si se apodera de el corazon algun bien criado, le roba á la divinidad la víctima más debida. Viene á ser esto erigir un ídolo sobre el altar, donde únicamente debe recibir cultos el Criador. Pero es verdad, que no mezclándose algo de torpeza, rarísima vez el amor de la criatura viene á ser tan desmedido, que llegue á pecado grave.

Así nuestra principal mira será la curacion de el amor impuro. Veamos qué nos han dicho sobre tan importante asunto nuestros antepasados.

§ III.

El famoso médico Lúcas Tozzi, tocando este punto en el tratado *De recto usu sex rerum non naturalium*, cita, *suppressis nominibus*, algunos autores, que dictan para la curacion de el amor los mismos remedios que comunsimamente se aplican á las fiebres materiales; esto es, purgas y sangrias, pero éstas tan repetidas, que lleguen á evacuar toda la sangre que hay en las venas, pretendiendo, que en ella está radicado el mal, y con la sucesiva generacion de nueva sangre, sin perder la vida, se extinguirá la pasion: *Excogitarunt plerique (dice) universum veterem sanguinem è corpore amanti esse evacuariendum, ut ex novi sanguinis benigniori conditione fascino rei amatoe penitus deleteretur, vel si hoc fieri nequeat, esse corpus ejusdem pluries ab atra, et deleteria infectione repurgandum, quam ipsum contraxisse ajunt: in quam rem, et sirupi, et aque, et electuaria, et pharmaca corrigentia simul, et emundantia ejusmodi inquinamenta commendantur.* Y porque no falte cosa esencial de lo que se aplica á las fiebres corpóreas, prescriben tambien el uso de los cordiales. *Exhilarantes præterea confectiones* (prosigue Tozzi) *epithemata cordialia, oblutiones attemperantes, et alia similia; ab iisdem proponuntur* (1).

El citado autor se burla de estos recetantes, y con mucha razon. Con la sangre nueva subsiste la misma textura de las fibras de el cerebro y de el corazon, por consiguiente la misma impresion de el objeto en uno y

(1) Aunque hemos despreciado como inútiles las evacuaciones médicas para el efecto de curar la pasion amorosa, la equidad pide que no disimulemos algunos sucesos, que despues hemos leído, y pueden hacer alguna fuerza por la opinion contraria. Monsieur de Segrais, en sus *Anécdotas*, refiere dos de este género, que son los siguientes.

Aquel gran guerrero de la Francia, el príncipe de Condé, estaba apasionadísimo por una señorita, madamusele de Vigean. Sucedió, que en una enfermedad peligrosa que padeció, le sangraron tantas veces, que apenas le dejaron gota de sangre. Ésta era la moda curativa, ó la furia exterminativa de los médicos franceses en aquel tiempo. Al fin, el príncipe sanó, y no se acordó más de la madamusele. A los que se le mani festaban admirados de esta mudanza, decía que sin duda su amor todo estaba en la sangre, pues á proporcion que se la habian ido quitando, el amor se le habia ido desvaneciendo.

El segundo caso, que refiere monsieur de Segrais, por las extrañas circunstancias que dieron ocasion á la cura de la pasion de el enamorado, más parece aventura de novela que suceso real. Ciertamente el caso es digno de llegar á la noticia de todos, para que se vea cuánto ciega y á qué precipicios trae esta pasion loca, que el mundo llama amor.

Un caballero aleman, enamorado de una señora muy principal, le significó su pasion, que fué más bien escuchada que debiera. Resolvióse la señora á darle la ocupacion de mayordomo de su casa, para tenerle en ella sin escándalo. El afecto de parte de la señora no fué de mucha duracion. Pasado algun tiempo, tuvo la ligereza de prendarse de otro sugeto, en el mismo grado que lo estaba ántes de su mayordomo. Este, no pudiendo sufrirlo, dió quejas tan ásperas á la señora, que ella, irritada, le arrojó de su casa, con prohibicion de ponerse jamas en su presencia. El desdichado amante estaba tan perdido y tan intolerante de la ausencia, que á pocos dias se entró por la casa de la señora, y penetrando hasta su gabinete, se arrojó á sus piés, suplicándole le

otro que con la antigua. Ni la nueva para el efecto es de distinta condicion que la extrahida, porque una y otra siguen la condicion individual de el sugeto. Y ¿quién no ve que si la renovacion de sangre fuese medio para extinguir la pasion, ésta se curaria en breve tiempo sin recurrir á la lanceta? Es evidente que en el espacio de un año se renueva, no una, sino muchas veces, toda la sangre. ¿De dónde lo sé? me preguntarán algunos. Respondo, que lo infiero claramente de la necesidad diaria de nutricion. ¿De qué proviene la indigencia diaria de nutrimentos, sino de la diaria consuncion de la sangre? Hipócrates dijo, que nadie, sin comer ni beber, podia vivir de siete dias arriba; y es cierto, que muy poco más se podrá alargar la vida, careciendo de todo nutrimento, exceptuando casos y temperamentos extraordinarios; de lo que con evidencia se infiere, que en ese espacio de tiempo se consume tanta porcion de sangre, ya en la transpiracion, ya en la nutricion de los miembros, que faltará la precisa para sustentar la vida, si con el alimento no se forma nuevo quilo, y con nuevo quilo, nueva sangre. Pregunto ahora, ¿cuántas veces se le renovaria toda la sangre al Petrarca en los treinta años que vivió, despues que conoció á la bella Laura? El amor, sin embargo, vivió en él mientras él vivió, sin que la estacion fria de la senectud minorase su ardor, como él mismo testificó, cuando dijo, que se le iba mudando el cabello (esto es, de negro á blanco), sin poder mudar su obstinada pasion:

*Que vò cambiando il pelo
Ne cangiar posso l'ostinata voglia.*

Lo propio digo de purgantes y corrales. El amor no reside en la flemma, en la melancolía, en la cólera ó al-

perdonase y restituyese á su gracia. La señora con ira y desprecio le mandó que se retirase. Aquí entra lo singular de la historia. El pobre, traspassado de dolor, le protestó serle imposible obedecerla en aquella parte, añadiendo, que más queria morir á sus manos, que apartarse de su presencia, y al decir esto, desvainando la espada que traía al lado, se la presentó para que dispusiese de su vida. ¡Portentosa transmutacion de amor en odio! Mas ¿de qué extremos no es capaz un corazon, que sin riada se abandona al impetu de sus pasiones? La señora, tomando la espada y arrojándose furiosa, le dió dos grandes estocadas, y aunque no se siguió á ellas la muerte, no pudo convalecer sino despues de una larguísima curacion, de lo que fué el principal motivo la mucha sangre que vertió por las heridas; porque parece que despues de recibirlas, se tardó considerablemente en acudir á atajarla. El conde de Harcourt, á quien el caballero debió especial cuidado en su curacion, testificó á monsieur de Segrais, que despues de sano, miró siempre con tanta indiferencia á la señora, como si nunca la hubiese amado.

En el segundo tomo de las *Memorias eruditas* de don Juan Martínez Salafranca se refieren otros dos casos al mismo propósito, citando como testigo de ellos al ilustrísimo y sapientísimo Huet; bien que en el segundo, sólo á un sudor copioso se atribuyó la terminacion critica, tanto de la enfermedad de la alma como de la de el cuerpo.

Sin embargo, me inclino á que no se evacuó en aquellos casos con las evacuaciones médicas la pasion amorosa. Lo más verisímil es, que entregada el alma totalmente por tiempo considerable al gravísimo cuidado que ocasiona el riesgo de la vida, en una aguda enfermedad, desatendiéndose entre tanto el objeto de la pasion, viene á desvanecerse ésta enteramente. Tal vez se deberá la cura de esta dolencia únicamente á la divina gracia, obtenida por las diligencias cristianas que se ejecutan en las enfermedades peligrosas.

gun otro humor extraible por catárticos, diuréticos ó sudoríficos. Así se ve, que esta llama prende en toda especie de temperamentos, ya bien, ya mal condicionados. Convengo en que los genios muy alegres son los ménos aptos para concebir grandes pasiones. Pero ¿qué genio pasó jamas de triste á muy alegre con el uso de cordiales? Éstos, dado que sean remedios, son unos remedios pasajeros, cuyo efecto dura pocas horas. No hay cordial tan activo como el vino generoso. ¿Será el vino remedio de el amor? Confortará, es verdad, el corazon y le desahogará de el peso con que le oprime una pasion grande; mas ya se sabe que la alegría que infunde el vino se termina á una ó dos horas, con que estará precisado el enamorado, para remediarse, á repetir ocho veces cada dia, ó los tragos ó las confectiones cardiacas. Esto, sin entrar en cuenta el riesgo de que lo que aquieta el corazon pase la inquietud á otra entraña.

§ IV.

Despreciados, pues, estos físicos sueños, pasemos á aquellos remedios que se hallan más autorizados y logran aceptacion entre los hombres cordatos. El primero es la ausencia de el objeto amado.

*Manat amor tectus, si non ab amante recedas
Utile finitimis abstinnuisse locis,*

dijo Ovidio, muy práctico en estas materias, y Propercio, que no lo era mucho ménos, pues en muchas de sus composiciones no respiraba sino las llamas, que encendia en su pecho su decantada Cintia:

*Unum erit auxilium mutatis, Cinthia, terris:
Quantum oculis animo, tam procul ibit amor.*

Creo que este remedio es bonísimo en los principios de el mal: tambien en las pasiones tibias, aunque sean algo inveteradas; finalmente, aunque la pasion, ni sea tibia ni recién nacida, aprovechará á genios inconstantes, porque éstos, de donde apartan los sentidos, apartan toda el alma. Mas si la pasion fuere muy fuerte, y el corazon tambien lo fuere, hay poco que fiar de este expediente. Apártase el cuerpo y se queda el alma, ó aunque se vaya el alma, va con ella el amor: por eso oportunamente comparó el gran poeta un corazon penetrado de la pasion amorosa á la cierva herida, que por más que huya, lleva siempre clavada la flecha que le disparó el cazador: *Hæret lateri læthalis arundo*. Propercio, aunque tan decisivamente recomendó la ausencia por eficazísimo remedio de el amor, parece que usó de ella sin que le sirviese de cosa. Él, por lo ménos, en el lugar mismo que alegamos arriba, habla de su viaje á Atenas, como cosa ya resuelta y emprendida á este fin:

*Magnum iter, ad doctas proficisci cogor Athenas,
Ut me longa gravi salvat amore via.*

Si ejecutó el viaje, no le aprovechó el remedio, pues en el libro iv de sus *Elegias* vemos una en que habla de Cintia, ya muerta, con expresiones que le declaran aún apasionado. Ni se piense que Cintia era una hermosura puramente ideal ó fingida para dar materia á

versos amatorios. Fué mentido el nombre, no el sugeto. Su verdadero nombre fué Hostilia, segun dice Apuleyo, y Propercio, que ardia por ella, la sacó en sus poesías, disfrazada con el nombre de Cintia, por ocultar el objeto de su pasion.

Tiene tambien este remedio el defecto de que para los más es impracticable. Son pocos los que pueden mudar de país por largo tiempo, y si la ausencia es corta, más enciende el amor que le apaga.

§ V.

El segundo es lidiar contra la pasion á los principios. Éste tambien es precepto de Ovidio: *Principiis obsta*. Pero no advirtió (¡grave omision!) cómo ó con qué armas se debe combatir. Yo digo, que en primer lugar, evitando la vista y trato de la persona de que empiezas á prendarte. En segundo, contemplando el riesgo á que te pones, las malas consecuencias que á tu conciencia, á tu honra, á tu hacienda, á tu quietud puede acarrear tu pasion. En tercero, frecuentando la conversacion de sugetos prudentes y serios, en que comprehendo la lectura de autores graves y modestos, aunque sean profanos. Bueno es todo esto; pero mayor asunto emprendemos, que es curar la pasion ya radicada. Para remediar el mal en los principios no es menester mucha medicina.

§ VI.

El tercer remedio es ocupar mucho la atencion en otras cosas, aplicarse á varios negocios que llamen fuertemente el cuidado y tengan el ánimo en casi continua agitacion. Tambien es receta de Ovidio, que en orden á la cura de este mal llenó tanto el asunto, que hasta ahora nadie añadió cosa de momento á lo que él dejó escrito. Este remedio parece que ha de ser eficazísimo, porque la limitacion de el corazon humano no permite ordinariamente hospedarse en él dos cuidados muy intensos, los cuales, por lo comun, se han como las formas substanciales, que la introduccion de una en el sugeto es expulsion de la precedente: más si se mira con atenta reflexion, se hallará defectuoso por varios capítulos.

Lo primero, se han visto, y creo se ven hoy, varios sugetos, que con manejar grandes é importantísimos negocios, mantuvieron firme su fervorosa pasion. Ejemplos famosos son Marco Antonio, que disputando á Augusto el gobierno de el orbe, no desistia de idolatrar á su Cleopatra; y Enrico el Grande, que ocupado en tantos gravísimos cuidados políticos y militares, como pedia la ardua pretension de la monarquía francesa, siempre, con todo, tenía entregada más de la mitad de el alma á esta ó aquella hermosura.

Lo segundo, no todos, aunque quieran, pueden ocuparse en negocios que interesen mucho su atencion. Muchos, y aun los más, están constituidos en tal estado, que les es preciso continuar siempre en una misma serie de vida, sin meterse en empeños extraordinarios, los cuales les ocasionarian grandes incomodidades y arruinarian todas sus conveniencias.

Lo tercero, este remedio sólo podrá aprovechar en

pasiones tibias, que son las que ménos necesitan de remedio, ó que le tienen fácil en el albedrío de cada uno. Porque pongamos á un hombre tan intensamente enamorado, que esté dispuesto á sacrificar la hacienda, la honra, la salud y áun exponer el alma por su pasión. Propónganle á éste que se emplee en negocios tan importantes, que le distraigan de su amoroso cuidado, porque en eso consiste su cura. Digo, que en tales circunstancias, lo que se le propone es una quimera. La razón es clara, porque respecto de quien prefiere su pasión á todos los demás intereses, no puede ocurrir negocio tan importante, que le distraiga de ella. En el logro de ella concibe su mayor interés y la suprema importancia. Siempre arrastrará más su atención lo que prácticamente considera más importante; luego estando en aquella disposición, no puede ocurrir cosa que llame más su cuidado que su pasión.

Más. Yo creo, que rarísimo, constituido en aquellos términos, se sujetará á esta especie de cura, porque es muy violenta. ¿Qué cosa más opuesta á su inclinación, que abandonar un cuidado que tiene, respecto de su voluntad, el supremo atractivo, por el cuidado de otras cosas que desprecia ó estima en poco? Así, será menester otro remedio para que acete ese remedio, y el que le acetare se puede dar por cierto, que ya está medio curado. Pero doy, que áun estando muy fuerte su pasión, se esfuerce á aplicarse á otros negocios. ¿Qué le sucederá? Que no logrará el intento de desviar el alma de el objeto que le apasiona; porque, ¿cómo el menor atractivo ha de tener más fuerza que el mayor para arrastrarle? ¿Cómo el menor peso ha de inclinar la balanza hácia su lado? Así, después de forcejar algún tiempo, dejará el uso de el remedio como inutil.

¿Quieres ver dos pruebas prácticas de lo que voy refiriendo? Vélas aquí. El autor de el libro intitulado *Anales de la corte y de París de los años 1697, 1698*, refiere, que habiéndose declarado el príncipe de Conti pretendiente á la corona de Polonia, apadrinado para el logro por el gran poder de la Francia, tomó con suma tibieza tan importante negociacion. ¿Y por qué? ¿Faltábale por ventura actividad ó ambición? Nada de eso, sino que, si pasase á Polonia, era preciso dejar en París una señora á quien amaba con extremo. El autor de las *Memorias concernientes al reinado de Carlos IV, duque de Lorena*, refiere, que estando este príncipe en Brusélas, se apasionó furiosamente por la hija de un burgo-maestre de aquella villa. La madre, que era una matrona muy seria, la guardaba con suma vigilancia, de modo que al duque, por más que lo solicitó, le fué imposible hablar ni una palabra á solas á la doncella. Finalmente, habiendo concurrido en un festin la madre, la hija y el duque, con otras personas principales de el pueblo, como la pasión de el duque era notoria á todos, por modo de chanza se empezó á hablar de ella, y el duque tomó de aquí ocasión para poner á todos los de el concurso por intercesores con la madre, para que dentro de el mismo salon y á los ojos de todos, le permitiese hablar, algo apartado, pocas palabras en secreto con la hija. Rehusándolo siempre la madre, propuso el duque la condicion

de hablarla no más que el tiempo que pudiese sufrir una ascua encendida apretada en la mano. Sobre un pacto tan áspero y de tan difícil ejecución, instaron todos tanto, que la madre convino en él, persuadida á que apenas tomaría la ascua en la mano, cuando se la haría arrojar el dolor, y la conversacion se acabaría al abrir los labios para empezarla. Apartóse, pues, el duque con la doncella, tomó la ascua en la mano, dió principio al coloquio y fué prosiguiendo en él algún tiempo, con admiracion de todos, hasta que la celosa madre, no pudiendo sufrirlo, acudió á estorbarlo. En efecto, halló la brasa ya enteramente apagada, á costa de el intensísimo dolor que sufrió el duque apretándola en la mano para extinguirla. Véase ahora si la ánsia de una corona, si el dolor de la adustion no divierten el cuidado ni entibian el ardor de una pasión amorosa, ¿cuánto ménos se puede esperar de otras solicitudes, sin comparación ménos graves? Confieso, que pasiones tan grandes no ocurren á cada paso; pero tampoco pueden aplicarse á las que son menores, sino en casos muy extraordinarios, tan activos remedios.

§ VII

El cuarto es hacer la más viva y continuada reflexión que se pueda sobre los defectos de la persona amada. Ciertamente no se hallará alguna que no los tenga. Son tantas las partes de que se debe componer un todo absolutamente perfecto, que la concurrencia de todas en un sugeto es caso metafísico. Ovidio añade á este precepto la ingeniosa advertencia de procurar con estudio, que esos defectos incurran frecuentemente á los ojos de el amante; como si tiene malos dientes, provocarla muchas veces á risa; si es desairada en danzar, solicitarla á que dance; si tiene mala voz, que cante, etc.; finalmente, quiere que la ficcion ayude algo la realidad; verbi gracia, si en el color declina algo á morena, imagínala el amante negra; pequeña, si no es muy alta; muy alta, si no es pequeña; rústica, si es sencilla; falaz, si es cortesana, etc.

¡Oh, qué bien suenan estos preceptos colocados en los versos elegantes de aquel poeta! Pero ¡oh qué desnudos de eficacia se encuentran en la práctica! Creo que ningun apasionado hay, ni hubo jamas, deseoso de su curacion, que no echase mano de el remedio de considerar los defectos de la persona amada. Este auxilio es el que ocurre el primero á todos; pero apenas sirve á alguno, salvo que la pasión sea débil, ó los defectos enormes; y áun sobre eso es menester que no se hayan descubierto á los principios, porque quien con el conocido contrapeso de esos defectos empezó á amar mucho, proseguirá en amar, por más que piense en ellos. O por mejor decir, quien en el nacimiento de su pasión no tuvo los defectos por contrapeso equivalente de las perfecciones, ¿por qué principio variará el juicio después? ¿Por pensar mucho en ello? ¿qué premisa nueva le ocurrirá, de donde infiera, que el objeto es igualmente ó más aborrecible por sus imperfecciones, que amable por sus prendas? Repita norabuena cuanto quiera la inspeccion de unos dientes medio podridos. ¿Qué importa, si al mismo tiempo le están fascinando el alma

unos ojos brillantes? Sería menester, para lograr algun efecto, apartar primero fuera de tiro de pistola los ojos de los dientes, y que esta separacion durase siempre. De nada servirá aplicar el bálsamo á la llaga, si al mismo tiempo está el acero renovando la herida.

Lo de ayudar la realidad con la ficcion es una imperitencia, que extraño mucho haya cabido en el claro entendimiento de Ovidio. Querer que un hombre finja y luego crea lo que finje, es querer una quimera. ¿Cómo ha de tener por realidad lo que sabe que es ficcion propia? Pero pretender esto de un amante, en órden á defectos de la persona amada, es un empeño el más extravagante que puede venir á la imaginacion. La credulidad de los amantes está enteramente enderezada al lado opuesto; quiero decir, son fáciles á creer en el objeto amado perfecciones que no hay, ó las que hay, crearlas mayores de lo que son. Para los defectos, por el contrario, apenas viéndolos los creen; por el ménos los minoran en su imaginacion cuanto pueden. Es propio de el amor abultar las perfecciones, de el ódio engrandecer los defectos. Querer, pues, que un amante abulte los defectos, creyendo, por ejemplo, que la trigüeña es negra; que la que tiene un dedo ménos de la estatura justa, es enana, ¿qué otra cosa es, sino pretender que enteramente se trastorne la naturaleza de los afectos?

Otras dos recetas da el famoso médico de el amor, que no son otra cosa más que dos borrones de sus escritos. El primero es la redundante saciedad de el apetito. ¡Remedio torpísimo! Mas lo peor es que es torpísimo y no es remedio. ¿Por ventura el hidró pico que bebe una vez, no sólo toda el agua que apecece, pero áun mayor cantidad, extinguirá para siempre su sed? La saciedad de hoy ¿causará tedio mañana?

La segunda es procurar prendarse de otro objeto; pero esto es curar una llaga con otra. Es medio para conmutar la enfermedad, no para granjear la salud. Y dado que lo fuese, ¿es fácil esa conmutacion? El enfermo de quien se recabará la traslacion de el cariño á otra parte, no está muy enfermo. Pero supongamos el doliente reducido á usar de ese remedio, y que ya designa nuevo ídolo á sus cultos, ó le imagina superior en mérito al primero, ó igual, ó inferior. Si inferior, no podrá inclinar la balanza de el corazón á su lado, porque está gravando al brazo opuesto mayor peso. Si igual, se conciliará igual pasión á la antecedente: ¿qué adelantamos, pues le dejamos igualmente enfermo? Si superior, encenderá fiebre más intensa, *et fieri novissima hominis illius pejora prioribus*. ¡Bello remedio es el que aumenta la enfermedad!

Finalmente, un remedio muy vulgarizado, no sólo en conversaciones, mas áun en autores de máximas morales, pero remedio únicamente para los individuos de nuestro sexo, es considerar los vicios, ya físicos, ya morales, de el otro. ¡Oh, en cuántos libros se encuentran sangrientas declamaciones contra las pobres mujeres, propuestas á este fin! Ya se dice que son animales imperfectos, asquerosos, vasos de inmundicia; ya que son engañosas, inconstantes, pérfidas, malignas. Mas todo esto no es otra cosa que hacer mucho ruido, disparando al aire. Hagan de mí lo que quisieren, si en-

tre millones de hombres, muy apasionados por mujeres, me dieran uno solo que se haya curado con estas consideraciones. No hay quien, para amar ó aborrecer, no escuche en primer lugar el informe de sus sentidos. Predíquense cuanto quisieren que es animal imperfecto la mujer al que está apasionado por alguna, que entre tanto que en lo que él ama vea un rostro hermoso, oiga una voz dulce, experimente un genio amable, se reirá de los prediques y del mismo predicador; y áun dirá acaso, no sin algun fundamento, que los animales imperfectos son los tontos, que traen á cada paso en la boca tales simplezas. Lo que yo puedo decir, porque lo he observado, es, que, por lo comun, los que frecuentemente inculcan semejantes invectivas contra las mujeres, son los que apenas aciertan á apartarse jamas de ellas; unos jóvenes charlatanes y bufones, sin juicio, sin entendimiento, sin modestia, que en todos tiempos y lugares, con los ojos, con las voces, con los ademanes, están publicando su desordenada inclinacion al otro sexo. Hacen lo que Séneca, que predicaba mucho contra las riquezas, y no cesaba de acumularlas.

Pero los que con buen celo, que hay muchos sin duda, representan á los hombres estos males de las mujeres, no advierten la falta de caridad en que incurren. Si esa consideracion para los hombres es triaca, para las hembras será veneno. Quiero decir, si la consideracion de que la mujer es animal imperfecto y vaso de inmundicia entibia al hombre respecto de la mujer, como esta reflexion envuelve la otra de que el hombre es un animal perfecto y limpio, representada á la mujer, la encenderá respecto del hombre: *Contrarium eadem est ratio*. Con que esto viene á ser, quitar la llama que está abrasando una casa, y aplicarla al incendio de la vecina. Pero, bien mirado, por esta parte yo los absuelvo de todo escrúpulo. Ojalá curasen á los hombres, que con eso solo quedarían por la mayor parte curadas las mujeres. La lascivia es un mal contagioso, que casi siempre tiene su origen en nuestro sexo. Acaso los que con buen celo proponen á los hombres aquellas consideraciones, tienen previsto esto mismo, y por eso aplican la medicina sólo á la causa de el mal. La lástima es que la receta de nada sirve.

§ VIII.

Vista ya la ineficacia ó inutilidad de todos los remedios, que hasta ahora se han discurrido para la fiebre de el amor, resta que propongamos el de nuestra invencion. ¡Oh cuántos lectores me parece oigo que, al llegar aquí, me insultan con aquello de Horacio:

Quid dignum tanto feret hic promisor hiatu?

Sin embargo, constantemente afirmo que mi remedio es, sin comparación, mejor que todos los que hasta ahora se han recetado, porque tiene las siguientes calidades. La primera, que es aplicable á todo género de personas, en todos tiempos y en cualesquiera circunstancias. La segunda, que todos, sin exceptuar alguno, tienen en su casa y á su arbitrio los ingredientes de que se compone. La tercera, que su uso nada difícil es, ni penoso. La cuarta y principal, que aunque no á